

¿Cómo miran los médicos?

Simplificando el trabajo clínico se podría entender esta profesión como una tarea intelectual esencialmente clasificatoria (*¿qué enfermedad tiene este paciente?*), seguida por alguna decisión sobre la necesidad de emprender acciones técnicas científicamente justificadas - un tratamiento, una intervención, ...- (*¿qué necesita este paciente?*)

Para desarrollar ese trabajo con solvencia, los médicos deben mantener actualizado su conocimiento (*long life learning*) y han de exponerse frecuentemente a nuevos pacientes y situaciones. Ambos elementos configuran lo que, coloquialmente, se denomina “ojo clínico”. Tal atributo es una destreza central del médico que permite al experto reconocer en un paciente un “patrón de enfermedad” ya visto con anterioridad en otros casos y establecer un posible diagnóstico. Este es un proceso de evocación prácticamente automático que “se nos impone” ante cada nuevo paciente y nos permite especular, con mayor o menor probabilidad, sobre la naturaleza del problema.

A partir de ahí, el médico deduce lógicamente los hallazgos esperables si su hipótesis diagnóstica fuese acertada (síntomas, alteraciones analíticas, pruebas de imagen, etc.) e inicia un proceso de búsqueda sistemática de los mismos. Cuando consigue suficientes pruebas a favor de su sospecha, esta queda verificada y el paciente queda “catalogado” bajo un diagnóstico concreto que permite orientar su tratamiento y establecer un pronóstico.

Para alcanzar la excelencia en este proceso mental se requiere una disposición consciente al “asombro” y una actitud de apertura (¡y de humildad intelectual!) a que las cosas puedan no ser lo que a primera vista pudieron parecer. Con frecuencia, el problema de un paciente no encaja exactamente en ninguna categoría de enfermedad establecida. Nos vemos obligados entonces a desechar nuestras hipótesis prematuras y a investigar otros posibles diagnósticos alternativos. La realidad impone su ley y la incertidumbre obliga a negarse a la pereza y “... volver a mirar, ... volver a pensar” en otras posibilidades.

¿Enrique Marty esperable?

Los aficionados que seguimos con interés la obra de E. Marty desde hace años, compartimos un imaginario sobre su trabajo que, pensamos, nos permitiría atribuirle con casi plena certeza cualquier obra propia a la que fortuitamente accediéramos de forma inesperada. Si el encuentro fuera en un contexto internacional, elegiríamos el *modal verb* británico más apropiado para decir “*It must (not could) be a Enrique’s artwork*” por la altísima probabilidad de acierto. Sin duda, la potencia, la singularidad y fidelidad de este artista a su obra marca improntas muy significativas en su trabajo.

Entre los elementos de convicción para reconocer al autor, seguramente acudiríamos a esa constelación de tópicos frecuentemente percibidos por quien se acerca por primera vez a sus obras (morbo, extrañeza, violencia, decadencia, monstruosidad, rareza, horror, desasosiego, grotesco, aberración, repulsión, ...).

En ese sentido, quienes además de seguidores de E. Marty somos médicos, tenemos cierta ventaja para afrontar su obra, derivada de nuestro obligado y cotidiano contacto con lo *anómalo*: convivimos naturalmente con la imperfección, el deterioro y la enfermedad. Es difícil que el tema o los atributos formales de una pieza “poco agradable” nos supongan una barrera infranqueable a su disfrute, a diferencia del espectador *sensible* que puede experimentar dificultades para mantener la mirada o para resistir un impulso natural de huida.

Sin embargo, deformados también profesionalmente por esa “pasión clasificatoria” propia de la medicina, nos sentimos engañosamente seguros ante el trabajo de un artista que creemos reconocer con facilidad. En realidad, apenas somos capaces de identificar algunos pocos atributos superficiales. Por debajo de ellos, sus trabajos nunca invitan a un disfrute pacífico si, superado el primer e inevitable movimiento emocional que puedan provocar, uno pretende (iy con la obra de Enrique es especialmente difícil de evitar!) descifrar el relato completo de significados que artista puso en juego durante el proceso creativo de cada pieza concreta.

Abordar con una intención explicativa simplificadora la obra de Enrique, llena de elementos indefinibles, a veces *naturalmente* incoherentes, de trampas perceptivas, y de símbolos y referencias absolutamente personales, resulta una misión imposible. Sólo si el propio autor quisiera desvelarnos el enigma, podríamos acceder (y solo a una pequeña parte) al mundo interior reflejado en sus obras. Tras años de interés y seguimiento, creo que, frente a la personalísima complejidad de este artista, solo cabe aceptar la inabarcabilidad en profundidad de su creación, admitir la insuficiencia personal y resignarse a disfrutar de la relación con la obra desde la humildad intelectual (¡con él resulta imposible llegar a un diagnóstico cierto!).

Enrique Marty inesperado: una mirada personal de su obra reciente.

Quien afronte con marcos mentales previos la visita a la nueva exposición de E. Marty seguramente experimentará sensaciones y emociones inesperadas: en vez de la predecible revulsión, el artista nos ofrece la aparente posibilidad de disfrutar de un reposado placer estético sobre obras de envoltura clásica, intencionalmente evocadoras de las antiguas tablas flamencas. Ambientes acomodados, llenos de referencias expresas a la gran historia del arte, con una factura exquisita, consciente y voluntariamente autoexigente y detallista, reproduciendo procedimientos técnicos hoy en desuso, sin acortar caminos ni evitar esfuerzos, ...

Pero si, como recomiendo de forma encarecida, se detiene la mirada en los muchos detalles ofrecidos por cada pieza y se les da tiempo, la obra se despliega y empieza a hablarnos. Cada observador percibirá entonces, seguramente, evocaciones y recuerdos personales inesperados, quizá detonados por algún elemento inconsciente de especial resonancia personal, de entre el amplísimo catálogo de provocaciones *dulces* que cada pieza plantea.

La perplejidad, entonces, nos asalta: ¿de verdad esta detallada pintura con lupa viene de la misma mano creativa que las expresivas obras anteriores del autor?, ¿dónde estuvo oculta tal laboriosidad y virtuosismo en la trayectoria previa de Enrique Marty?, ¿cuál es la causa de este, sólo aparente, cambio radical?

Pero estas cuestiones sólo proceden del engaño obvio que la lectura precipitada de la formalidad de su nueva obra nos puede inducir. ¿Realmente se ha producido tal mutación?. En mi opinión, Enrique Marty con su trabajo actual, realizando una pirueta tras la que aterriza en el suelo que siempre pisó, logra interponer entre las obras y el espectador una nueva capa de obstáculos a la pretensión de alcanzar explicaciones simplistas y totalizadoras sobre su mundo creativo.

Esa segunda mirada, más reposada y atenta, nos permite reconocer señales de muchos de los asuntos y preocupaciones que el autor viene proponiéndose desde hace años, a través de nuevas formas: una simbología animal inclasificable, el caos desordenado de objetos singularísimos en interiores elegantes pero opresivos, paisajes abiertos que prolongan las abigarradas escenas hacia un horizonte plácido y, en cada pieza, un personaje -con frecuencia un niño- que parece retornos con una expresión enigmática, cercana la sonrisa, a buscar signos violentos u ominosos, eros y tánatos, ocultos por las paredes y entre los enseres acumulados.

la gran

Definitivamente, se trata, distinto pero igual, del inclasificable Enrique Marty: el mismo exceso de signos, la misma cosmogonía inaprensible, ... Incluso habiendo disfrutado del privilegio de una visita guiada con el propio creador, apenas conseguimos abrir rendijas al velo impenetrable de significados que nos provoca la aposición abrumadora de tantos elementos.

Al final, experimentamos tanto disfrute como desasosiego, nos asaltan preguntas que podrían no tener fin,... la necesidad de *seguir mirando, seguir pensando* ante una obra que nos interpela pero permanece, en gran medida, hermética, imposible de *diagnosticar*.

No recuerdo haber dedicado tanto tiempo y atención a escudriñar piezas tan pequeñas (¡no olvidar las gafas de lectura!), donde solo cabe finalmente rendirse a la impotencia y entregarse al disfrute del misterio indescifrable en cada obra. Una mirada que no agota la obra ni permite, en realidad, *poseerla*. Los nuevos trabajos de Enrique Marty, como toda obra de arte auténtica, se separan de su naturaleza esencial de "objeto" (*deseable, apropiable, utilizable*) para convertirse en un "sujeto" vicariante del autor, un representante inerte del creador ante quien, como en los encuentros personales, se despiertan sentimientos de asombro ante lo imposible de aprehender, que sólo pueden invitar a la cautela y al respeto.

En definitiva, un paso más, firme y valiente, de un creador de trayectoria tan singular como coherente, que nunca cedió a la tentación de convertirse en artesano de su éxito y que ahora, de nuevo, nos apabulla distrayendo nuestra atención con un alarde de destreza pictórica que sólo algunos artistas pueden permitirse.

Para disfrutar. Gracias Enrique.